

El gobierno divino del mundo y la Providencia

1. Providencia entendida en *sentido amplio* es el cuidado que Dios consagra a la Creación en general. Providencia en *sentido estricto* designa las intervenciones divinas mediante las cuales las criaturas son guiadas hacia su fin. En este segundo sentido conviene distinguir un doble aspecto: el orden conocido y determinado por Dios desde la eternidad, en conformidad con el cual las criaturas han de ser conducidas hacia la meta que les ha sido determinada y la realización de esta orientación hacia la meta. Lo primero puede denominarse Providencia en sentido estrictísimo; lo segundo es el gobierno divino del mundo.

Se suele hablar de una Providencia *general* y de una Providencia *especial*. La primera se extiende a la totalidad del mundo en general y en particular; la segunda, concerniente a los seres racionales, sobre todo a las criaturas cuyo destino es la felicidad, los órganos de la Revelación y la Iglesia. La última se realiza interrumpiendo o modificando el orden natural ordinario de la naturaleza y de la gracia. Además se suele distinguir entre Providencia directa y Providencia indirecta.

2. *Dios protege y gobierna todas las criaturas mediante su Providencia* (dogma).

I. *Fundamentación.*

Concilio Vaticano, sesión 3.^a, cap. 1 (D. 1784). Cfr. D. 239 (Sínodo de Braga contra el fatalismo), D. 421 (Profesión de fe contra los Valdenses), D. 586, 606 (contra Wiclef), D. 1702 (*Syllabus*, de Pío IX).

A. *El Antiguo Testamento.*

3. En el AT Dios se revela como señor de la Naturaleza, como autor de la Historia, como origen y guía de los destinos. Su dominio sobre la Naturaleza significa para el hombre salvación, protección, bendición. Es cierto que su gobierno es misterioso; el hombre no puede comprenderlo, y a menudo le parece incomprensible. Véase el § 38; allí mismo, pasajes de *Job*. 38 y 42; cfr. *Job*. 36, 27-37, 24. En medio de las tormentas y eventualidades de la Naturaleza, Dios es un fuerte castillo para los que confían en El. *Ps*. 46 [45], 2-10: "Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por eso no hemos de temer, aunque tiemble la tierra, aunque caigan los montes al seno del mar, y bramen y espumen sus olas, y tiemblen sacudidos los montes. Yavé Sébaot está con nosotros, el Dios de Jacob es nuestra roca. Un río con sus brazos alegra la ciudad de Dios, el santuario de la tienda del Altísimo. En medio de ella está Dios; no será conmovida; Dios la socorrerá desde el clarear de la mañana. Túrbanse las naciones, vacilan los pueblos, da El su voz, se derrite la tierra. Yavé Sébaot está con nosotros, el Dios de Jacob es nuestra roca. Venid y ved las obras de Yavé, los prodigios que ha dejado El sobre la tierra. El es quien hace cesar las guerras hasta los confines de la tierra. El rompe el arco, troncha la lanza y hace arder los escudos en el fuego." *Jer*. 5, 22: "¿No me temeréis a mí, palabra de Yavé, no temblaréis ante mí, que de arenas he hecho muro para el mar, muro perpetuo que no podrá traspasar, que aunque se enfurezca no podrá saltarlo, y por mucho que embravezca sus olas no podrá atravesarlo?"

Dios realiza la Historia, y es por eso el señor de la Historia y de los tiempos. No es mera casualidad que gran parte de los libros del AT sean libros históricos y que en los demás se hable continuamente de la actividad de Dios en el pasado y de sus promesas para el futuro. La actividad histórica de Dios se muestra en su

intervención en la vida de los instrumentos de la Revelación, de los cuales se sirve para realizar en la Historia sus planes y su voluntad. Hace que sus esperanzas meramente humanas se frustren, y luego, cuando menos lo esperaban, les presta ayuda y auxilio (por ejemplo, *Gen.* 20; 26; *Ex.* 2). Dios guía la vida de los pueblos. Estos reciben de Dios bendición y gracia y tienen que justificarse ante El (*Gen.* 49, 10; *Deut.* 4, 1). En las visiones de los profetas, cada pueblo tiene su propia misión histórica. Un pueblo puede ser en la mano de Dios azote para castigar a otro (idea que se repite en Isaías, Jeremías y Ezequiel; cfr., además, *Am.* 1 y 2).

A *Isaías* le es dado percibir un vasto plan divino “en el momento histórico en que los conquistadores asirios deshacen la antigua estructura política del Oriente Próximo” (Eichrodt). El sentido de este acontecimiento mundial es la formación de un reino de la paz y de la justicia (*Is.* 2, 2-4; sobre el concepto de Reino de Dios, véase el *Tratado sobre la Iglesia*). Isaías ve cómo Dios conduce la Historia hacia la meta señalada, haciendo que *Ciro* aparezca radiante como un meteoro, concediéndole victorias inauditas y haciendo madurar de este modo su tiempo (*Is.* 45, 1 y sigs.). Aun las potencias históricas enemigas de Dios no pueden menos de estar al servicio de los planes de Dios (*Ez.* 38-40).

Daniel alaba a Dios como a señor de la Historia. En *Dan.* 2, 20 y sigs., ora del siguiente modo: “Bendito sea el nombre de Dios, de siglos en siglos, porque suya es la sabiduría y la fuerza. El es quien ordena los tiempos y las circunstancias, pone reyes y quita reyes, da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos. El revela lo profundo y lo oculto, conoce lo que está en tinieblas y con El mora la luz”. Según él, la Historia se divide en grandes épocas. La meta de toda la Historia, tal como la describe el AT, es Cristo. Como ya se dijo en otro lugar (§ 99), la creación del mundo se describe como comienzo de un movimiento que va hacia Cristo. Dios hace que se alcance esta meta a pesar de la infidelidad, incredulidad, apostasía, idolatría y traición del pueblo a quien había sido encomendada la Revelación. Precisamente cuando los hombres tratan de huir de Dios, tienen que someterse a cumplir sus intenciones. Aun cuando sean malas, queriéndolo o no, tienen que contribuir a la realización del plan de Salvación.

El más claro y terrible ejemplo del NT lo ofrece *Caifás*. En calidad de profeta, es decir, anunciando un mensaje divino de Salvación, tiene que pronunciar aquella palabra de que es mejor que muera uno solo para que no perezca el pueblo entero. Con argu-

mentos políticos trata de justificar la pena de muerte impuesta contra Cristo. Pero el Espíritu Santo, que se sirve de él como de instrumento, le hace pronunciar estas palabras introduciendo en ellas un sentido completamente distinto. Caifás comete, en su calidad de profeta, un crimen terrible. Pero mediante su crimen obra Dios la Salvación (*Io.* 11, 49-52).

Siempre ha de suceder lo que Dios quiere (*Judith.* 9, 5). Lo que Dios no quiere que suceda, no sucederá nunca (*Is.* 7, 7). Dios deshace los planes y proyectos opuestos a su voluntad (*Is.* 8, 10). El que se rebela contra El se esfuerza vanamente. El mensaje profético hace siempre referencia al día de Yavé, que comienza con Cristo y en el cual están unidos el pasado y el futuro.

El árbol genealógico de Cristo en San Mateo (*Mt.* 1, 1-17) y San Lucas (*Lc.* 3, 23-38) es un testimonio de que toda la historia precristiana se mueve hacia Cristo y de que también la creación del hombre debe ser considerada como comienzo de esta historia cuya consumación es Cristo.

Dios se cuida también de *los particulares y de lo particular*. Esto lo percibe el creyente cuando se abandona en las manos de Dios. Dios penetra en las vidas de los hombres, los guía y dirige, de modo que pueden confiar en El y darle gracias. La casualidad en sentido estricto, no tiene cabida ahí, ni hay un espacio donde puedan obrar autónoma y arbitrariamente los demonios o potencias enemigas de Dios, elementos éstos que jugaban un papel importantísimo en las religiones vecinas. Según Jeremías, la vida entera está bajo la protección de Dios (1, 5). Dios señala las lunas y días de la vida humana (*Job.* 14, 5). “De Yavé son los pasos del hombre. ¿Qué puede saber el hombre de sus propios destinos?” (*Prov.* 20, 24). De Dios vienen aún los más oscuros y misteriosos acontecimientos de la vida. “Soy yo, Yavé, no hay ningún otro; fuera de mí no hay Dios. Yo te he armado, aunque tú no me conocías, para que sepan el Levante y el Poniente que no hay ninguno fuera de mí. Yo soy Yavé, no hay ningún otro. Yo formo la luz y creo las tinieblas, yo doy la paz, yo creo la desdicha; yo soy, Yavé, quien hace todo esto” (*Is.* 45, 5-7). “¿Habrá en la ciudad calamidad cuyo autor no sea Yavé?” (*Am.* 3, 6). “Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, vienen del Señor” (*Ecl.* 11, 14).

El cantor de los *Salmos* manifiesta sus experiencias con el Dios que se le ha revelado, cuando ora del modo siguiente (*Ps.* 23): “Es Yavé mi pastor; nada me falta. Me pone en verdes prados

y me lleva a frescas aguas. Recrea mi alma y me guía por las rectas sendas, por amor de su nombre. Aunque haya de pasar por un valle tenebroso, no temo mal alguno, porque tú estás conmigo. Has derramado el óleo sobre mi cabeza, y mi cáliz rebosa. Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida, y estaré en la casa de Yavé por muy largos años." *Ps.* 16, 5. 8: "Yavé es la parte de mi heredad y de mi cáliz; El es quien me sostiene mi heredad... Siempre tengo ante mí a Yavé. Si El está a mi diestra, nunca resbalaré." *Ps.* 37 [36], 23 y sig.: "Yavé ordena los pasos del hombre, guía y sostiene al que va por buen camino. Si cayere, no yacerá postrado, porque Yavé le tiende su mano." Versículo 30 y sig.: "De Yavé viene la salvación de los justos, es su refugio al tiempo de la adversidad. Yavé los socorre y los libra; del impío los libra y los salva, porque se acogen a El." *Ps.* 73 [72], 23 y sig.: "Pero no, yo estaré siempre a tu lado, pues tú me has tomado de la diestra. Me gobiernas con tu consejo y al fin me acogerás en gloria." "Pero es Dios quien me defiende; es el Señor el sostén de mi vida" (54, 6).

En el himno de agradecimiento del fin de año se ensalza la bondad de Dios (*Ps.* 65, 6-14): "Tú nos respondes justamente con estupendos prodigios, ¡oh Dios de nuestra salvación!, esperanza de todas las gentes de la tierra, de los más alejados confines. Ceñido de poder, das firmeza a los montes. Aplacas el furor de los mares, el furor de sus olas, el tumulto de los pueblos. Temen tus prodigios aun los más remotos habitantes; tú alegras las regiones del Oriente y del Poniente. Tú visitas la tierra y la colmas, y en mil maneras la enriqueces. Con grandes ríos y abundantes aguas, preparas sus trigos. Así la dispones: regando sus surcos, humedeciendo sus terrones, temperándola con la lluvia y bendiciendo sus gérmenes. Coronas la añada con toda suerte de bienes, y tu carro destila la abundancia. La derramas sobre los pastizales del desierto, y los collados se ciñen de alegría. Vístense los campos de rebaños de ovejas, y los valles se cubren de mieses, y todos cantan y saltan de júbilo." Cfr. *Ps.* 92; *Ps.* 103; *Ps.* 139, 6, 24; *Ps.* 145, 10-21: "Alábate, ¡oh Yavé!, todas tus obras, bendígante tus santos. Exalten la gloria de tu reino y digan de tu fortaleza. Para hacer conocer a los hijos de los hombres tus hazañas y la magnificencia de la gloria de tu reino. Tu reino es reino por los siglos de los siglos, y tu señorío por generaciones y generaciones. Es fiel Yavé en todas sus palabras y piadoso en todas sus obras. Sostiene Yavé a los que caen y levanta a los humillados. Todos los ojos

miran expectantes a ti, y tú les das el alimento conveniente a su tiempo. Abres tu mano, y das a todo viviente la grata saciedad. Es justo Yavé en todos sus caminos y misericordioso en todas sus obras. Está Yavé cerca de cuantos le invocan, de cuantos le invocan de veras. Satisface los deseos de los que le temen, oye sus clamores y los salva. Guarda Yavé a cuantos le aman y destruye a los impíos. Cante mi boca las alabanzas de Yavé y bendiga toda carne su santo nombre, por los siglos, para siempre.”

En los textos arriba transcritos se indica repetidas veces que también el *dolor* viene de la mano de Dios. Es una medicina divina y hasta una prueba de amor divino. “¡Dichoso el hombre a quien castiga Dios! No desdeñes, pues, el castigo del Omnipotente. El es el que hace la herida; El, quien la venda; El, quien hiere y quien cura con su mano. Seis veces te sacaré de la tribulación, y a la séptima no te alcanzará el mal. En tiempo de hambre, te salvaré de la muerte; en tiempo de guerra, de los golpes de la espada. Te preservaré del azote de las lenguas, no temerás la desventura si viniere, te reirás de la devastación y del hambre, no temerás a las fieras salvajes. Harás alianza con las piedras del campo y paces con las bestias de la selva. Probarás las delicias de tu tienda, nada echarás de menos al visitar tus apriscos. Verás multiplicarse tu prole y serán tus rebaños como las hierbas de los campos. Bajarás al sepulcro en madurez, como a su tiempo se recogen las haces” (*Job*. 5, 17-26). No obstante, Job está convencido de que los caminos de Dios son incomprensibles. Sólo el pensar en la inescrutabilidad de Dios le evita incurrir en la más terrible desesperación (véase § 48).

Salmo 66 [65], 10-12: “Tú, ¡oh Dios!, nos has probado, nos has examinado como se examina la plata. Nos metiste en la red, pusiste los pies en nuestros lomos. Hiciste cabalgar hombres sobre nuestras cabezas. Pasamos por el fuego y por el agua, pero al fin nos pusiste en refrigerio.” *Ps.* 118 [117], 18: “Castigóme, castigóme Yavé, pero no me dejó morir.” *Ps.* 119 [118], 67: “Antes de ser humillado estuve descarriado, pero ahora guardo tu ley.” Versículo 71: “Bien me ha estado ser humillado para aprender tus mandamientos.” Lo mismo que Job, en vista de los dolores del mundo, el *Eclesiastés* piensa en la incomprensible majestad de Dios. Nadie puede contender con Dios, que es más poderoso que todos (*Ecle.* 6, 10). “¿Quién podrá decir que una cosa suceda sin que lo disponga el Señor? ¿No es de la voluntad del Altísimo de donde proceden los males y los bienes? ¿Por qué, pues, ha de lamentarse

el viviente? Laméntese más bien cada uno de sus pecados. Escudriñemos nuestros caminos, examinémoslos, y convirtámonos al Altísimo. Alcemos nuestro corazón y nuestras manos a Dios, que está en los cielos" (*Lam.* 3, 37-41).

B. *El Nuevo Testamento.*

3. También en el NT se nos dice que Dios dirige la Historia, tanto la del mundo entero como la de cada uno de los hombres. En el discurso ante el Areópago, San Pablo observa que toda la Historia precristiana está en camino hacia Cristo (*Act.* 17, 22-31; cfr. también 14, 15-17). Cristo nos anuncia que Dios guía y dirige nuestros destinos impulsado por su amor paternal. Dios quiere nuestro bien. Se cuida de nosotros. Su cuidado se extiende aún hasta los más pequeños e insignificantes sucesos, aún hasta cosas de las cuales nosotros apenas si nos damos cuenta. La idea de que Dios, Padre omnipotente, está vigilante siempre, debe quitar todos nuestros miedos, preocupaciones e inquietudes. "Por eso os digo: No os inquietéis por vuestra vida sobre qué comeréis, no por vuestro cuerpo sobre qué vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad a los lirios del campo como crecen: no se fatigan ni hilan. Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo se os dará por añadidura. No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán" (*Mt.* 6, 25-34; cfr. *Lc.* 12, 22-31; 11, 1-4). "A vosotros, mis amigos, os digo: No temáis a los que matan el cuerpo y después de esto no tienen ya más que hacer. Yo os mostraré a quien habéis de temer; temed al que después de haber dado la muerte tiene poder para echar en la *gehenna*. Sí, yo os digo que

temáis a ése. ¿No se venden cinco pájaros por dos ases? Y, sin embargo, ni uno de ellos está en olvido ante Dios. Aun los cabellos de vuestra cabeza están contados todos. No temáis, vosotros valéis más que muchos pájaros" (Lc. 12, 4-7).

A este estado de cosas corresponde la actitud exigida por San Pedro: "¡Echad todos vuestros cuidados en El! (I Pet. 5, 7). El se cuida de vosotros. El Señor está cerca, por eso no hay que cuidarse ni temer (Phil. 4, 6 y sig). No siempre se puede experimentar el cuidado paternal de Dios. En definitiva, es la fe la que nos hace estar seguros de El. Por eso es señal de poca fe el dudar de El (Mt. 8, 23-27; Mc. 4, 35-41; Lc. 8, 22-25).

Providencia de Dios y seguridad del hombre según el NT.

De las palabras de Cristo anteriormente citadas se deduce que la revelación de la Providencia de Dios *no debe ser confundida con la promesa de una vida sin preocupaciones ni cuidados*. El Dios providencial de que habla Cristo no es el "buen Dios" de las representaciones infantiles; no se puede comparar con un padre terreno, bonachón y condescendiente, que tarde o temprano condesciende con todos los deseos y caprichos del hijo. Dios es el Padre, pero es también el Señor. Es las dos cosas a la vez. Dios es el Padre que quiere conducir a sus hijos a la gloria y el cual, por eso, tiene que librarlos del mal, mediante dolores y penalidades. Y Dios es el Señor que, por amor paternal, manda a los hombres que suban por los difíciles y duros caminos que conducen a la grandeza. La intención de Dios no es preparar para el hombre una vida cómoda y fácil, sino proporcionarle la perfección. La Providencia divina tiene, pues, a asegurar y fomentar el *Reino de Dios*, es decir, el señorío divino entre los hombres. La clave que nos permite comprender el sentido de las enseñanzas de Cristo sobre la Providencia es la siguiente frase: "Buscad, pues, primero el reino y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt. 6, 33).

El Reino de Dios es el sentido final de todos los caminos de la Providencia divina. Cristo comienza su predicación asegurando que el Reinado de Dios está ya cerca (Mt. 4, 17). El señorío de Dios sobre los hombres se ejercerá desde ahora en adelante de un modo nuevo, distinto del anterior. Dios ordena la vida y las vivencias de los hombres de un modo distinto del anterior. El Reino de Dios aparece en el momento en que Dios establece un nuevo comienzo

en el mundo y en la humanidad. Cristo es este nuevo comienzo o principio. En Cristo ha llegado la soberanía de Dios. Mediante Cristo, la Creación entera ha de ser sometida al dominio de Dios. La soberanía de Dios erigida en la Vida, Muerte y Resurrección de Jesucristo ha de abarcar a todos los hombres, hasta que Dios sea todo en todo, alcanzando de este modo la soberanía de Dios su forma definitiva.

Dios domina en el hombre cuando éste por amor se somete a su voluntad. Contra el dominio de Dios lucha el pecado, el cual se manifiesta en la sordera espiritual que se resiste a oír la voz de Dios, en la debilidad ante la persecución, en la pasión con que se codician los bienes naturales. Todo el desarrollo del mundo tiende a asegurar la victoria decisiva del Reino de Dios. Esta victoria tendrá lugar el día del Juicio, cuando los buenos sean separados de los malos. Hasta que llegue este día, la Historia no transcurrirá de tal modo que el bien irá haciéndose cada vez más fuerte, mientras que el mal irá perdiendo poderío y fuerzas, sino en un movimiento ondulatorio. Más aún, en los días finales, el mal desarrollará una vez más toda su fuerza. Pero en el momento en que la oscuridad del pecado haya alcanzado la mayor intensidad y cuando la noche de la desesperación haya alcanzado el supremo grado de tenebrosidad, Cristo aparecerá de nuevo y erigirá definitivamente el señorío de Dios. Será un estado en el cual el amor de Dios no se ocultará tras el velo de lo terreno, sino que resplandecerá con luz deslumbrante. Con los ojos de la esperanza dirigidos hacia este estado ora San Juan en nombre de la Iglesia entera: "Ven, Señor Jesús" (*Apoc.* 22, 20). Toda la Historia se halla en movimiento hacia El. La Providencia de Dios es, pues, una actividad escatológica. Con ello no queremos decir que Dios no se cuide de los destinos del hombre en este mundo; sólo afirmamos que la medida y norma de la Providencia divina se hallan en la escatología.

En definitiva, Dios es el que ordena y rige la vida de los pueblos, de la Iglesia y de cada uno de los hombres, en lo que se refiere al conjunto y en lo que se refiere a los acontecimientos cotidianos. Pero la actividad de Dios se realiza de tal modo que el universo y los seres particulares adquieren la forma que les ha señalado la voluntad de Dios. Al hombre que con todas sus fuerzas busca el Reino de Dios, Dios le da todo lo que necesita. Ahora bien, el hombre mismo no sabe lo que necesita. En definitiva, sólo Dios lo sabe. Cuando en la Escritura se habla de comida, bebida y vestido, se indican con ello no sólo las cosas necesarias para la vida natural,

sino también, y sobre todo, lo que el hombre necesita para realizar su perfección final. En qué consista esto, es un asunto que el hombre mismo no puede decidir. "La Providencia no significa necesariamente bienestar y éxito; Dios puede enviar fracasos y privaciones. No significa necesariamente que el trabajo ha de producir frutos ni que todo ha de estar en orden en las relaciones humanas; las más bellas cosas pueden quebrarse, y es posible que las preguntas relativas al "por qué" y "para qué" queden siempre sin respuesta. En cuanto a esto, no podemos emitir un juicio definitivo. De lo que exactamente se trata, es del progreso del Reino de Dios y del progreso del hombre en El; con respecto a ese Reino, la salud, la propiedad, el éxito, los medios todos, pueden ser traba y obstáculo; y lo que el hombre llama desgracia, puede producir lo mismo utilidad que perjuicio. El que cree en la Providencia, se pierde con su fe en el misterio de Dios" (R. Guardini, *Was Jesus unter der Vor-sehung versteht*, 1939, pág. 16).

La Providencia, pues, no aporta al hombre la *posesión segura de las cosas de este mundo*. Al contrario, le deja en la inseguridad. Pero en medio de esta inseguridad, el hombre experimenta la protección por parte del poder providencial divino (*Rom.* 8, 28-39). Vice-versa, las seguridades inmanentes que se crea el hombre no constituyen una verdadera seguridad, pues pueden derrumbarse en cualquier momento, si Dios lo quiere así; más aún, hasta puede suceder que Dios tenga que derrumbarlas, para que no sean un obstáculo a la Salvación. Los caminos de la Providencia se mueven en medio de la oscuridad, están dentro del misterio de la Salvación. Nosotros sólo podemos afirmar la Providencia en un acto de fe, no en actos de visión. Sólo de cuando en cuando nos es permitido echar una ojeada en su misterio, de modo que podemos presentirlo y percibirlo oscüramente, por ejemplo, "cuando del complejo tejido de encuentros humanos surge repentinamente no presentido, o viceversa, cuando un imprevisto obstáculo de nuestros planes contribuye a la realización de un plan superior, en el cual quedan incluídas y se cumplen todas nuestras esperanzas. Sentimos cómo repentinamente otras manos se colocan sobre las nuestras, manos invisibles colman las nuestras de dones, que no podíamos esperar recibir, y que nos hacen posibles nuevas perspectivas y planes. O esas mismas manos nos arrancan de las nuestras bienes queridos, posibilidades, ocasiones, que constituían el contenido de nuestra vida; y más tarde tenemos que reconocer que si hubiéramos podido retener esas

posibilidades las hubiéramos empleado en detrimento nuestro" (H. Ed. Hengstenberg, *Von der göttlichen Vorsehung*, 1940, 20 y siguiente).

Los Padres.

4. De entre los *Padres* han compuesto escritos sobre la Providencia: Lactancio (m. después del 317), Salvián de Massilia (m. después del año 480). Gregorio de Nisa (m. hacia el año 408). Eusebio de Cesarea (m. hacia el año 430), Teodoreto de Cyrus (m. en 458), Crisóstomo (m. en el año 407). En su obra *De Civitate Dei*, San Agustín muestra que las tribulaciones del pueblo judío y del Imperio Romano han sido enviadas por la divina Providencia. A continuación transcribimos algunos textos:

San Juan Crisóstomo escribe en su comentario al Evangelio de San Mateo (homilía 13; *BKV* I, 224-26): "Por una parte, Dios no castiga a todos los pecadores en esta vida, para que no pierdas la fe en la resurrección ni en el Juicio final, pensando que Dios ha juzgado ya a todos en esta vida; por otra parte, no permite que todos los pecadores mueran sin haber expiado sus pecados, para que no pienses que el mundo no es gobernado por la Providencia. Por eso castiga a los unos y a los otros no. En los unos quiere mostrar que en el más-allá juzgará a los que en esta vida no han recibido el castigo merecido; con los otros quiere despertar en ti la convicción de que después de la muerte nos espera un juicio severo. Y tú ves que por amor al hombre ha extendido sobre ti la tienda celestial y ha creado el sol, que ha fundamentado la tierra y ha llenado el mar con agua, que ha extendido el aire y ha señalado a la luna su órbita, que ha señalado sus fronteras a las estaciones y que todas las cosas se mueven por órbitas que de antemano les ha señalado. Nuestra propia naturaleza, los animales que se arrastran y los que andan, los pájaros, los peces en los estanques, las fuentes y ríos, los animales que viven en árboles, en los montes y en las casas, los que viven en la tierra y en el aire, todas las plantas y gérmenes, los árboles, los salvajes y los preciosos, los fértiles y los estériles; en una palabra, todas las cosas a las cuales guía la mano incansable de Dios, contribuyen a la conservación de nuestra existencia y están a nuestra disposición, de modo que no sólo tenemos lo necesario, sino que de todo hay de sobra. Y tú, que observas esta bella ordenación de las cosas, y yo apenas he enumerado ni siquiera la milésima parte, te atreves a afirmar que el que ha creado por amor tuyo todas estas grandes y magníficas cosas se olvidará de ti en el momento más importante y permitirá que mueras como mueren los asnos y los cerdos. Y después que te ha distinguido con la gracia de la verdadera religión, por la cual eres semejante a los ángeles, ¿no va a ocuparse de ti y de tus cuidados y penalidades? ¿Cómo se puede pensar cosa tan absurda? Aun cuando nosotros mismos callásemos, las piedras comenzarían a hablar; tan evidente y obvio es todo esto, más claro todavía que el mismo sol." San Juan Damasceno describe de la siguiente manera la divina Providen-

cia (*Exposición de la fe ortodoxa*, lib. 2, cap. 29; *BKV*, 105-08): "Providencia es el cuidado que Dios consagra a los suyos. Por otra parte, Providencia es también la voluntad de Dios, la cual comunica a cada cosa la dirección que le corresponde. Ahora bien, si la Providencia divina es voluntad, todo lo que sucede providencialmente tiene que ser sumamente excelente y digno de Dios y tiene que suceder del mejor modo posible. Porque el creador y el providente de todo lo que existe tiene que ser una sola y la misma persona. No sería justo ni lógico que el creador de lo que es fuese distinto del providente. Porque en ese caso les faltaría a ambos la fuerza: al uno para crear, al otro para prever. Dios es, por consiguiente, creador y providente y su fuerza creadora, conservadora y provisoría es su buena voluntad. Porque "todo lo que ha querido, el Señor lo ha hecho en la tierra y en el cielo", y nadie puede oponerse a su voluntad. El quiso que las cosas se hiciesen y efectivamente se hicieron. Dios quiere que el mundo exista, y el mundo existe, y sucede todo lo que quiere. Que Dios se cuida de todo y que se cuida del mejor modo posible lo demuestra la siguiente reflexión: Dios solamente es por naturaleza bueno y sabio. Porque es bueno, se cuida de las cosas. Si no se cuidase de ellas no sería bueno. También los hombres y los seres irracionales se cuidan de sus hijos. Y se reprende al que no cuida de ellos. Como quiera que Dios es sabio, se cuida del ser del mejor modo posible. Si tenemos esto en cuenta no podremos menos de admirar las obras de la Providencia, de alabarlas todas, de aceptarlas sin cavilar, aun cuando al vulgo le parezcan injustas. Porque la Providencia de Dios es incognoscible e incomprensible y nuestros pensamientos y acciones, así como el futuro, sólo Dios los conoce. De esto no somos capaces nosotros. Porque lo que se halla al alcance de nuestras posibilidades no es asunto de la Providencia, sino de nuestra libre voluntad. Lo que sucede providencialmente sucede en parte por complacencia, en parte por permisión. Por complacencia, todo lo que es absolutamente bueno. Por permisión, de diferente manera. A menudo permite que el justo incurra en una desgracia, para mostrar a los otros las virtudes que hay en él ocultas, como fué el caso de Job. Otras veces la Providencia permite que sucedan cosas inconvenientes para que, mediante la acción inconveniente, se cumplan cosas grandiosas y maravillosas, del mismo modo que la Cruz ha producido la Salud del hombre. De otro modo permite que los piadosos sufran penalidades, para que no pierdan la buena conciencia o para que no se enorgullezcan de la gracia y fuerza que les ha sido concedida, como es el caso de Pablo. Alguien puede ser abandonado durante algún tiempo para la mejoría de otro, para que los otros, al ver su situación, queden escarmentados, instruídos, como en el caso de Lázaro y del rico. Porque espontáneamente volvemos sobre nosotros mismos cuando vemos sufrir a otros. Algunos podrán ser abandonados en honra de un tercero, no por culpa propia ni de los padres, como el ciego de nacimiento en honra del Hijo del Hombre. Además, la Providencia permite que algunos sufran para alentar a otros, para que al aumentar la gloria del que padece los que lo ven puedan tolerar los tormentos sin vacilar, animados por la esperanza de la "gloria futura" y anhelando los "bienes futuros", como es el caso de los mártires. La Providencia hasta permite que alguien cometa una acción ignominiosa, para evitar un mal todavía mayor. Por ejemplo: uno se siente orgulloso de sus virtudes y buenas obras. Dios permite que

incurra en un pecado de lascivia, para que en la caía reconozca su debilidad, se humille, se presente ante el Señor confesando su pecado... Hay dos clases de abandono. Hay un abandono que se halla dentro del Orden de la Salud y que es educativo, y hay un abandono absoluto, condenatorio. El educativo y que se halla dentro del Orden de la Salud sucede para mejoramiento y salvación y honor del que sufre, o para la animación o imitación de otros, o para gloria de Dios. El abandono absoluto se da cuando, después que Dios ha hecho todo lo que puede servir para la Salud, el hombre, voluntariamente, permanece impenitente e irredento, o mejor dicho, irredimible. En ese caso el hombre es abandonado a su perdición, como sucedió con Judas. ¡Dígnese Dios mostrarse misericordioso con nosotros y guardarnos de tal abandono! Conviene saber que hay muchas clases de Providencia divina, las cuales ni se pueden explicar con palabras ni se pueden comprender con el entendimiento. Conviene saber que todas las penalidades redundan en provecho y sirven a la Salud de los que las soportan con agradecimiento. Conviene saber que de antemano Dios quiere que todos se salven y que entren en su reino. Porque no nos ha creado para castigarnos, sino para que seamos partícipes de su bondad, pues Dios es bueno. Pero castiga a los pecadores porque es justo. La primera (voluntad) se llama voluntad precedente y complacencia, porque Dios es su causa; la segunda se llama voluntad consecuente y permisión, pues nosotros somos la causa. Y ésta (la permisión) es doble: la una está en el Orden de la Salud y educa para la Salud; la otra rechaza al hombre para que reciba todo el castigo merecido, como ya hemos dicho. Ahora bien, esto se refiere a algo que no depende de nuestro poder. Con respecto a lo que depende de nuestro poder, Dios quiere el bien de un modo precedente y tiene en ello su complacencia. El mal y lo realmente malo no lo quiere ni de un modo precedente ni de un modo consecuente. Pero permite que lo haga la voluntad libre. Porque lo que sucede por imposición no es ni racional ni virtud. Dios se cuida de toda la Creación y mediante toda la Creación reparte beneficios y educa, a veces hasta por medio de los demonios, como es el caso de Job y de los gorrinos." Dionisio Areopagita (*Jerarquía celestial*, cap. 4, § 1; *BKV* I, 24): "Ante todo y en primer lugar hay que constatar que la verdad de la sobreesencial divinidad original ha comunicado por amor a todos los seres del universo la substancia y los ha llamado a la existencia. Porque es cosa de la Causa universal y de la supereminente Bondad llamar a las cosas para que formen comunidad con ella misma, como corresponde a cada uno de los seres existentes... Todo lo que existe en el mundo se goza de la Providencia, la cual emana de la sobreesencial y omnicausante Divinidad. Porque nada sería algo si no fuese partícipe de la esencia y principio original de todo lo que es. Las cosas inanimadas participan en él porque la Divinidad superior es el ser de todas las cosas. Las cosas animadas (irracionales) participan en su poder superior a toda vida y creador de vida. Los seres racionales e intelectuales participan en su sabiduría superior a toda razón e inteligencia, en sí misma (absoluta) y originalmente perfecta."

Reflexión teológica.

5. La existencia de la Providencia y del gobierno del mundo se deduce del hecho de que Dios ha creado el mundo con un fin determinado. Por consiguiente, tiene que tener una idea de este fin y de la orientación de las criaturas hacia la consecución de ese fin. Además, Dios, por ser la causa universal y omnisciente, tiene que mover el mundo hacia el fin que le ha señalado. La ejecución del orden del mundo, por El determinado, la verifica tanto directamente como indirectamente, por medio de las criaturas (leyes naturales, disposiciones espirituales de los individuos, influencia por parte de un tercero, lances de fortuna, comunidades religiosas y políticas).

II. Finalidad de la Providencia divina.

6. La *finalidad* del gobierno divino del mundo se realizará infaliblemente. Pero nosotros no conocemos sus caminos. La historia humana y la de la Naturaleza se mueven hacia la meta final que les ha sido señalada, a pesar de los obstáculos que puede oponer la voluntad libre de la criatura, por laberintos y escarpadas subidas, a través de catástrofes y nuevos caminos. La Sagrada Escritura llama al diablo “señor de este mundo”, pero también él se halla bajo el dominio de Dios. Y hasta el diablo es un instrumento en las manos de Dios, y quiéralo o no, tiene que estar al servicio de los planes de Dios. El plan divino del mundo no se halla bajo el dominio de una fatalidad irrevocable, a la cual Dios estuviese sometido, ni bajo el dominio de una ley que Dios tuviese que cumplir. Es un plan libre, creado libremente por Dios. La Sagrada Escritura nos dice: “Tú, en efecto, ejecutas las hazañas, las antiguas, las siguientes, las de ahora, las que vendrán” (*Iudith* 9, 5). “Yo anuncio desde el principio lo por venir, y de antemano lo que no se ha hecho. Yo digo: Mis designios se realizan, y cumplo toda mi voluntad. Yo llamo del Levante al ave de presa, de lejana tierra al hombre de mi consejo. Como lo he dicho, así lo haré; lo he dispuesto y lo cumpliré” (*Is.* 46, 8-11).

III. *El fatalismo.*

7. En la época de los Santos Padres se condena con severidad la superstición astrológica (San Gregorio de Nisa. Diodoro de Tarso, San Agustín y otros). Las estrellas no son más poderosas que Dios, la luz de Dios luce por encima de todas ellas. Esto no se opone a la opinión según la cual entre los movimientos de los astros y los destinos humanos existe cierta ligera relación (§§ 125, 129). Dada la íntima relación que media entre el hombre y el cosmos, se puede considerar como bastante probable tal relación. Como quiera que todo es regido y gobernado por Dios, no se da la *casualidad absoluta*. Debido al hecho de que no conocemos el plan divino del mundo, existe la casualidad en el sentido de que un acontecimiento puede tener lugar de un modo inesperado e imprevisto. Véanse los §§ 125 y 129.

8. A pesar de su inmutabilidad, el plan divino del mundo es totalmente distinto de la *irrevocable regularidad de la Naturaleza* con su concatenación de causas y efectos, y se distingue también de la *inexorable fatalidad*. La fatalidad es ciega, ante ella el hombre sólo puede adoptar una actitud de heroica desesperación. El que cree en la Providencia sabe que los destinos de su vida están en la mano del Padre Eterno, bondadoso, omnipotente y amante, que conduce todo hacia la Salvación, aun a través de penalidades y sufrimientos. Dios, que es amor, rige los destinos del hombre con mano fuerte y bondadosa. Allí la vida no va abocada a una catástrofe, sino a la perfección de la riqueza divina. La muerte es el fin de una existencia de penuria y pobreza, y el comienzo de una vida rica y pletórica.

IV. *El quehacer del hombre.*

9. La inmutabilidad de la Providencia divina *no paraliza la actividad humana* en el sentido de que "Dios se encargará de hacerlo". Tampoco debe ser considerada como una especie de aparato que funcionase mejor o peor ni como un seguro contra peligros e imprevisibles sorpresas, de modo que con ella quedasen excluidos los riesgos y dejasen de ser necesarios o posibles las gran-

des decisiones. La fe en la Providencia no es un almohadón sobre el cual pueda uno inclinar la cabeza para dormir bonitamente.

La doctrina de la Providencia significa más bien lo siguiente: El mundo no está solamente regido por las leyes físicas y psicológicas constatadas por la ciencia ni por las imposiciones y dictados de inescrutables potencias existenciales. Todo lo que sucede, sólo sucede porque así lo quiere el Amor incomprensible, mejor dicho, el Amante eterno, o para expresarnos con más precisión, el Amor en persona. En cada uno de los acontecimientos nos mira ese Amor, se acerca a nosotros, nos atrae hacia sí. Las cosas y los hombres con quienes tenemos que tratar no están ahí porque así lo quiere una misteriosa arbitrariedad o la casualidad destructora. En un mundo en que no gobernase la Providencia divina, podría existir un orden, pero un orden que con absoluta indiferencia se impondría, sin cuidarse de la suerte de los particulares, del mismo modo que las estrellas nos miran frías y mudas desde lo alto, o como el mar que vuelve a recobrar su impávido silencio después que ha hundido a un buque en sus abismos.

En el mundo gobernado por la Providencia, no hay suceso alguno, aun el más mínimo e insignificante, que no estuviese orientado hacia el bien del hombre, no hay situación existencial alguna que no haya sido querida por el Amor personal. En todo y en todas las cosas, el hombre contempla el semblante del Amor. El que cree en la Providencia puede alcanzar un estado de continua conformidad con el Amor personal y divino, aun en medio de los acontecimientos cotidianos. Esos acontecimientos adquieren de este modo un aspecto extraordinario, vienen de más allá de lo cotidiano y vuelven allá. En este encuentro con Dios, que se realiza de distinta manera en cada uno de los hombres, el mundo queda transformado, se renueva. Todo se convierte en motivo, ocasión y exigencia a ponerse de acuerdo con Dios.

He aquí lo que escribe Guardini (en *Vom lebendigen Gott*, 31) sobre la fuerza de transformación de la Providencia divina: "El (el mundo) se hace vivo. Pero no con una vitalidad fantástica, no es un mundo de cuento y fábula en el cual sucediesen cosas extraordinarias y que deja de existir tan pronto como hay que enfrentarse con la gravedad de lo real. Providencia no quiere decir que el mundo quede despojado de su dureza. El mundo sigue siendo tal como es. Pero Providencia quiere decir que el mundo, con todas sus necesidades y sus hechos, no es un recinto cerrado, sino que está al servicio de un pensamiento que es superior a él. Las leyes de la materia muerta no dejan de existir cuando la vida se apodera de ella; como tampoco las del crecimiento corporal cuando el

corazón y el espíritu erigen su mundo en el hombre. Siguen subsistiendo, pero quedan sometidas al servicio de una finalidad superior. El que ve esta realidad superior, ve también el servicio que aquellas fuerzas y leyes prestan en ella. Providencia significa que todo en el mundo conserva su esencia y su realidad; pero éstas sirven a una realidad infinitamente superior al mundo: a la voluntad amorosa de Dios. Este amor a sus criaturas, que ha convertido en hijos suyos, es un amor vivo, como el amor de un hombre que ama. Le sigue y acompaña en su desarrollo, en todos sus caminos, en su actividad siempre nueva y personal, en sus decisiones. Así es el amor de Dios al hombre, siempre vivo y nuevo... De vez en cuando abarca el mundo entero, lo presente y lo que ha sido, el ser y el acontecer, todo lo resume en el instante y lo dirige hacia los hijos de Dios. De este modo, el mundo se renueva en cada instante. Cada uno de los instantes sólo existe una vez. No ha sido antes y no volverá a ser. Surge de la eternidad amorosa de Dios, recoge en sí mismo todo el ser y el devenir, y lo orienta hacia los hijos de Dios. Todo lo que sucede viene de Dios, desde su amor hacia mí. Es una voz que me llama. Es una voz que exige algo de mí. Allí he de vivir, y obrar, y crecer, y llegar a ser lo que debo ser según la voluntad de Dios. Y siempre de nuevo, el mundo ha de llegar a ser allí lo que sólo puede llegar a ser mediante el hombre, mejor dicho, mediante mi yo mismo."

10. Resulta, pues, que la Providencia es para el hombre una incesante *tarea*. Dios obra en la vida del hombre, llamándole para que suba hasta El. Dios habla al espíritu humano, incitándole a que obre autónomamente. La Providencia implica, pues, la respuesta del hombre a la llamada divina. Como quiera que Dios puede penetrar hasta en la más recóndita interioridad del hombre, no hay nada ni nadie que pueda incitar al hombre a desarrollar una actividad de mayor intensidad. Por consiguiente, la inmutabilidad de la Providencia divina no hace superflua la propia actividad del hombre, al contrario, es ella la que le comunica sentido, fuerza, confianza y orientación.

11. La Providencia no hace superflua la *oración de petición*. Según el plan providencial de Dios, hay muchas cosas que sólo se nos concederán si las pedimos, no porque nuestras peticiones pudiesen influenciar terminantemente las decisiones divinas, sino porque Dios quiere que mediante la oración reconozcamos su soberanía y confirmemos nuestra confianza. La "oración de petición" no significa que es necesario decir a Dios lo que necesitamos, ni que con nuestras peticiones podamos moverle a concedernos lo que sin ellas no nos hubiese concedido. Lo importante en la oración no son las palabras mismas, el que éstas sean bellas o numerosas. La oración es el medio de que nos servimos para

rogar a Dios que haga que todo el mundo esté al servicio de su amor, que todo sirva para nuestra Salud, que en todo nuestra voluntad esté en conformidad con la suya, que todas las cosas se conviertan en mensajeros e instrumentos de su actividad redentora, que crezca en nosotros su amor, que entre El y nosotros no domine la relación natural de causa y efecto, sino la relación viva que se establece entre el yo y el tú. Esta actitud de absoluto abandono en las manos de Dios es sólo posible a condición de tener la garantía de que Dios se cuida de nosotros. Esta garantía nos la ofrece la creencia en la Providencia divina, pues la fe nos asegura que Dios es nuestro padre. La Revelación natural no nos dice nada de esto, nos lo revela la Revelación sobrenatural, de una manera especialmente eficaz en Cristo, que es el signo visible de la Providencia divina. Véase R. Guardini, *Das Bitten*, en *Unterscheidung des Christlichen*, 316-25. J. M. Nielen, *Gebet und Gottesdienst im Neuen Testament*, 1937 (muy importante).

V. La Providencia y el mal.

12. *También los males se hallan bajo el dominio del Gobierno divino del mundo.*

a) Los *males naturales* son de por sí aspectos naturales del mundo creado. Lo finito, por ser finito, se gasta y agota en el transcurso de su desarrollo. No puede negar su cercanía a la nada, y, por tanto, a la muerte y la ruina. Además, dondequiera que hay orden, encontramos también la prelación y subordinación, lo uno sirve a lo otro, es decir, esto es usado y gastado por aquello. La muerte de lo uno sirve a la vida de lo otro. El dolor del particular está al servicio de la totalidad. Dios quería un mundo estratificado, es decir, un cosmos y no un caos, por eso su divina voluntad creadora ha querido también los males. Pero Dios no quiere los males de por sí y en cuanto tales, sino en cuanto que el mal del particular puede servir para la Salvación de la totalidad, o en cuanto que un mal dado puede ser condición y fundamento de una existencia superior de la criatura afectada por el mal.

Como veremos en el capítulo sobre el estado original, el hombre habría de ser librado de la muerte y del mal mediante una intervención especial de Dios. También sobre el resto de la Creación hubiera recaído un resplandor de este singular privilegio.

A causa del pecado, el hombre perdió ese privilegio. Por eso hay que *atribuir al pecado* la actualización *efectiva* del dolor, que de por sí se deriva del ser finito y creado del mundo. La muerte y el dolor son expresión de la lejanía de Dios. Si la muerte ha seguido siendo signo de esa lejanía de Dios, con respecto al dolor conviene decir lo siguiente: En el dolor de la Iglesia y de los miembros de la Iglesia se consuma el dolor de Cristo. Lo mismo que la Iglesia es la consumación de Cristo, así también *la cruz de Cristo encuentra su consumación en la cruz de la Iglesia*. El dolor acompañará a la Humanidad hasta el momento en que aparezca la plena gloria de Cristo. Opera en el tiempo entre la Resurrección y la segunda venida: 1) a modo de revelación del Dios santo y del hombre pecador; 2) como recuerdo de los horrores a que estaba sometida la Humanidad antes de Cristo; 3) a modo de llamada con que Dios nos excita a esforzarnos en el presente y nos advierte las terribles posibilidades del futuro.

En lo concerniente al *primer y tercer punto arriba indicado*, conviene decir que en el bautismo el cristiano es elevado a una esfera de vida superior, a la esfera del yo personal de Cristo (*Rom. 6, 2-12; Gal. 2, 20*). Cristo es el fundamento de la existencia de los bautizados. Pero el antiguo principio, la perdición del mundo y del yo, siguen operando. El dolor es una ocasión creada por Dios, mediante la cual nos excita a que nos emancipemos del egoísmo personal y superemos los atractivos del mundo. Poco a poco ha de ir pereciendo nuestro egoísmo hasta que mediante el dolor de la muerte quedemos completamente libres del amor propio y del amor al mundo, a fin de que nuestra vida se convierta en una existencia completamente compenetrada por el amor divino.

Entonces aparecerá con toda claridad que el dolor queda internamente superado cuando lo aceptamos abnegadamente por amor a Dios y al prójimo (actividad en el amor), no aceptándolo pasivamente, como hacen los budistas o los estoicos, ni huyendo de él. No pierde, pues, nada de su dureza. Pero adquiere un sentido nuevo. Puede ser soportado gracias al amor. El que sufre se coloca en un lugar, por decirlo así, desde el cual puede dominar su propio dolor. En la unión con Cristo, dirigiendo la mirada hacia la cruz de Cristo del pasado y hacia la gloria del futuro se hace soportable el dolor presente. Mediante la fe adquiere la seguridad de que el punto de gravitación de la vida se halla en el futuro, más allá de la muerte. El prototipo y cifra de la verdadera

vida es el Cristo glorificado. Esta seguridad le proporciona al hombre la norma con que puede valorar debidamente el dolor, y le ayuda a hacerse dueño de él. Explicaciones detalladas, en la *Cristología* y en el *Tratado sobre la Gracia*. Véase también el § 111.

Es falsa la opinión de los que piensan que para cada uno de los hombres la vida que tiene que vivir (debido a falsas decisiones propias o de otros) es la mejor de todas las posibles. Es cierto solamente que no hay desgracia ni situación alguna en que el hombre no pueda cumplir la misión que le ha sido encomendada, acogíendose al amor divino que lo abarca y sostiene todo.

El Maestro Eckhardt escribe (en *Libro de la consolación divina* y *Del hombre noble*, ed. 3, 1922, 11-15): "Yo digo: todo el dolor viene del amor; más aún: digo que el amor es el comienzo y fin del dolor. Porque si sufro a causa de las cosas pasajeras, es por que amo y amaba las cosas pasajeras, y no tenía amor a Dios, tal como El quiere ser amado por mí. ¿Quién se admirará entonces de que Dios disponga que haya que sufrir perjuicios y dolores? Dice San Agustín: "Señor, yo no quería perderte, pero yo quería poseer también las criaturas; la causa de ello fué mi concupiscencia, y por eso te perdí a Ti, porque Tú detestas que junto a Ti—¡pura verdad!—alguien posea las engañosas criaturas." En otro lugar afirma que es demasiado ambicioso aquel a quien no basta Dios sólo. ¡Y cómo bastará lo que la criatura tiene de Dios a aquel que no tiene bastante en y con Dios! Para el hombre bueno no ha de ser consuelo ni suficiencia, sino pena todo lo que es ajeno a Dios y no es igual a Dios. En todo tiempo ha de poder decir: Señor, Dios mío y mi consuelo, si tengo que acudir a una cosa que no seas Tú, entrégame entonces a otro "Tú"; pues yo no quiero nada fuera de Ti. Cuando el Señor prometió a Moisés toda clase de bienes y le envió a la Tierra Santa, que no es otra cosa que el Reino de los Cielos, Moisés se resistió diciendo: ¡Oh Señor, no me envíes a mí, a no ser que vengas Tú conmigo! La inclinación, el placer y el amor vienen de lo que es igual al hombre; porque todas las cosas aman lo semejante y se inclinan hacia ello. El hombre puro ama la pureza, el justo ama la justicia y se inclina hacia ella, la boca del hombre habla de lo que hay en el interior humano. Por eso dice nuestro Señor que la boca habla de la plenitud del corazón, y Salomón dice que las penalidades del hombre están en su boca. Por eso, es signo de que Dios no está en el corazón del hombre, sino que está en él la mortal y temporal criatura, el buscar y encontrar fuera amor y consuelo. Y por eso, el hombre bueno tiene que avergonzarse ante Dios y ante sí mismo, al observar que Dios no está en él, que Dios Padre no obra en él, sino que la desventurada criatura vive y obra en El. Por eso dice David en el Salterio y lo lamenta: "Lágrimas eran mi consuelo noche y día mientras se me decía: ¿Dónde está tu Dios?" Porque la inclinación hacia lo exterior y el encontrar placer y consuelo en el desconsuelo y hablar mucho y con gusto de ello, es una clara señal de que Dios no resplandece y no obra en mí. Más aún: debería avergonzarse ante los hombres buenos, pensando que éstos se dan cuenta de ello. El hombre bueno no debe lamentarse de perjuicios y del dolor; sólo ha de lamentarse

de que percibe en sí mismo la lamentación y el dolor. Los maestros dicen que debajo del cielo, extendido por todas partes, hay fuego, no separado por nada del cielo, de imponente candescencia, pero que no toca por ninguna parte al cielo. Ahora bien, otro escrito dice que aun la parte más baja del alma es superior a la más elevada altura del cielo. ¿Cómo, entonces, el hombre puede atreverse a creer que es un hombre celestial y que su corazón está en el cielo, puesto que le tocan y hacen sufrir cosas tan menudas? Y yo digo ahora otra cosa. No puede ser hombre bueno el que no quiere que Dios tenga su propia voluntad, porque necesariamente Dios tiene que querer lo bueno. Y especialmente porque Dios lo quiere se hace y es necesariamente bueno y aun lo mejor posible. Por eso enseñó nuestro Señor a los Apóstoles, y a nosotros en ellos, y lo repetimos todos los días en nuestras oraciones: que se haga la voluntad de Dios. ¡Pero a pesar de ello! Cuando luego viene y se hace la voluntad de Dios, nosotros nos lamentamos y nos ponemos tristes y contristados.

Séneca, un maestro pagano, pregunta: “¿Cuál es el mejor consuelo en el dolor y las tribulaciones?” Y contesta: “Consiste en que el hombre considere todas las cosas como si las hubiese deseado y pedido. Si tú has deseado y pedido que todas las cosas sucedan según la voluntad de Dios, no te pongas de mal humor cuando suceda de tal modo.” Dice un maestro pagano: “Príncipe y Padre supremo y único Señor del alto cielo, estoy dispuesto a hacer todo lo que quieras: concédeme una voluntad que esté conforme con la tuya. El hombre bueno ha de confiar y creer en Dios y estar seguro de El, y debe conocer a Dios tan bien, que esté convencido de que ni Dios ni su amor y bondad pueden consentir que sobrevenga mal ni dolor alguno sobre el hombre, a no ser que Dios quiera evitarle con él un mayor dolor, o consolar más profundamente en la tierra, o producir con ello una cosa de mayor importancia para la gloria de Dios. Y como quiera que sea—puesto que Dios quiere que suceda de tal modo—, la voluntad del hombre ha de estar tan conforme con la de Dios y de tal modo ha de estar identificada con ella, que el hombre sólo ha de querer lo que Dios quiere, aunque fuere su propio daño y su condenación. Por eso, San Pablo desea ser separado de Dios por amor de Dios y por amor de la voluntad de Dios y para gloria de Dios. El hombre verdaderamente perfecto debe estar tan acostumbrado al “muere” y tan enajenado en Dios y tan revestido de la voluntad de Dios, que toda su felicidad ha de consistir en no conocerse a sí mismo, en no conocer nada, sino a solo Dios, en no saber nada y en no querer saber nada y en conocer a Dios como Dios le conoce, como dice San Pablo. Dios conoce todo lo que conoce y quiere amar todo lo que ama en sí mismo, en su propia voluntad. Nuestro Señor dice: La vida eterna es solamente conocer a Dios. Por eso dicen los maestros que los bienaventurados en el Cielo conocen las criaturas sin las imágenes de las criaturas que conocen, en la propia imagen, que es Dios, y donde Dios se conoce, ama y quiere a sí mismo y a las criaturas. Y Dios mismo nos enseña a pedir y desear esto cuando decimos: Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre—esto solamente es el verdadero conocer—. Venga a nosotros tu Reino: que yo sólo me cuide de él y no conozca ninguna otra cosa. De ello habla el Evangelio: bienaventurados son los pobres de espíritu, lo que quiere decir, pobres según la voluntad. Y nosotros pedimos a Dios

que su voluntad se haga en la tierra, es decir, en nosotros, como en el Cielo, lo cual quiere decir en Dios mismo. El hombre que se ha hecho así, es tan uno y está unido con Dios mediante la voluntad de tal modo, que sólo quiere lo que Dios quiere y del modo como Dios lo quiere. Por eso, si Dios quisiera que yo hubiese cometido pecados, yo mismo no querría no haberlos cometido. Porque de este modo se hace la voluntad en la tierra, es decir, en la obra mala, como en el Cielo, en el bien obrar. De este modo, el hombre quiere carecer de Dios por amor de Dios, y por amor de Dios desea estar separado de Dios. Y todo esto es el verdadero arrepentimiento del pecado, y así me duele sin dolor el haber pecado. De este modo le duele a Dios sin dolor toda maldad. Dolor, mi mayor dolor, es el causado por el pecado, y yo no cometería un pecado por nada del mundo, aun cuando fuesen míos eternamente miles de mundos; pero es un dolor que, en definitiva, no es dolor si lo tomo y saco fuera de la voluntad de Dios. Sólo un tal dolor es dolor perfecto, porque mana y surge de la bondad y amor puros, de la alegría en Dios. De este modo, es verdad y se da cuenta uno de lo que he escrito en este libro: que el hombre bueno, en cuanto que lo es, tiene toda la esencia de la bondad—que Dios está en él mismo. Y ahora, observa cuán maravillosa es la vida de un tal hombre sobre la tierra—, como si fuese una vida celestial en Dios. La desgracia le sirve de ventura y el dolor es para él placer. Y nota este mismo extraño consuelo: si poseo la gracia y la bondad, de la cual he hablado arriba, soy siempre y en todas las cosas el mismo y estoy completamente consolado y contento, y si no lo tengo, no he de echarlo de menos por Dios y por amor de Dios. Si Dios me da lo que deseo, lo poseo en nombre de Dios y siento felicidad. Si Dios no lo quiere dar, carezco de ello en la misma voluntad con que Dios no quiere, y de este modo acepto el carecer y el no recibir. Nada me falta. Y es seguro que experimentamos a Dios mejor en la carencia que en el recibir. Porque si el hombre ha recibido algo, tiene el don en sí mismo para que éste consuele y haga feliz al hombre. Pero si uno no ha recibido nada, entonces uno no tiene nada, no encuentra y no sabe nada que pueda producirle alegría, excepto solo Dios y la voluntad de Dios.”

b) Dios no quiere *mal moral*, el pecado ni en sí mismo ni como medio para un fin (cfr. § 97), pero lo permite, es decir, no lo impide, porque ha dado libertad al hombre y porque puede hacer que del pecado surjan efectos buenos (revelación de su justicia y misericordia, prueba moral de los buenos, castigo de los malos mediante sus propios pecados o de los otros). Como ya dijimos en el § 112, no se debe olvidar que frecuentemente en la Sagrada Escritura la participación de Dios en el pecado se describe no solamente como mera permisión, sino como impulso hacia una acción de sí pecaminosa (véase vol. III, § 211). Si se deja a tales textos toda su dureza, hay que decir, sin embargo, que, según la Escritura, Dios mueve a los hombres para que obren, pero que éstos son responsables de sus acciones. La Escritura no

trata de armonizar estos dos hechos, y nosotros no podemos soslayar ni el uno ni el otro, a pesar de la falta de armonía entre ambos.

Cabría ahora preguntar *por qué Dios ha dado la libertad, pues sabía que habría de ser mal empleada*. Se puede responder que entre todos los bienes creados por Dios, la libertad es el supremo. Mediante la libertad, la criatura participa en la soberanía divina. Dios ha querido dar al hombre el don más precioso entre los que existen en el ámbito de la naturaleza creada, aun sabiendo que el hombre abusaría de ella para su propia desgracia y desventura. Cfr. § 108. Pero como quiera que el abuso de la libertad de pecar no pertenece necesariamente al uso de la libertad, además de que Dios hubiera podido impedirlo sin destruir la libertad (aunque entonces el hombre habría tenido que recibir una forma de libertad distinta de la actual), queda todavía por resolver el problema de por qué ha creado Dios este mundo con toda la innumerable cantidad de pecados. No se puede decir que un mundo con pecados o con estos determinados pecados sea mejor que un mundo sin pecado o sin estos determinados pecados. En otro lugar veremos que los bienaventurados en el cielo no pueden pecar y viven, no obstante, en un estado de libertad. El problema a que acabamos de aludir se convierte, pues, en el siguiente: ¿por qué ha creado Dios al hombre en un estado de imperfección y no en un estado de perfección? Véase el capítulo sobre el pecado original. Nosotros sólo podemos esperar que en el más-allá la sabiduría y bondad de Dios nos darán la solución de estos problemas. (En el *Tratado sobre el pecado original y el pecado hereditario* se verá por qué decimos del pecado que es un mal, si bien es cierto que, ante todo y en primer lugar, el pecado es una “ofensa a Dios”.)

c) En la *Sagrada Escritura*, el reino del dolor y del pecado es denominado reino del demonio. Este es el señor de este mundo (*II Cor.* 4, 4), el príncipe de las potencias del aire (*Eph.* 2, 2). Pero Cristo ha quebrantado este poderío. Los que están unidos con Cristo han sido sacados de las tinieblas (*I Cor.* 1, 13). En Cristo poseen la fuerza de oponerse a las asechanzas del diablo (*Eph.* 6, 11). No obstante, el enemigo malo puede serles peligroso también a los bautizados. Pero solamente en cuanto que Dios lo permite.

El Dios vivo es también señor del dios de este mundo. Este puede atribular y atormentar al hombre, pero ha de llegar el día

en que será encadenado para siempre. Nada puede él contra Dios. Dios mueve el timón de la Historia. Por eso la lucha de Cristo contra los oscuros poderes y fuerzas del diablo es una lucha llena de confianza en Dios, que es el verdadero y único Señor (Gloria). Esta confianza no le abandona ni en los momentos en que exteriormente parecen triunfar las tenebrosas fuerzas de Satanás. “Mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día” (*II Cor.* 4, 16). Ninguna palabra de la Escritura manifiesta mejor la confianza capaz de oponerse a toda destrucción y catástrofe que la siguiente frase de Job: “Aunque El me mate, no dejaré de confiar en El” (13, 15; según la Vulgata). Cfr. *Lc.* 12, 4 y sig.; *Ps.* 23, 4).

San Agustín escribe en *La Ciudad de Dios* (lib. II, cap. 17; *BKV* II. 169 y sg.): “Sin duda alguna, donde ahora está el crimen de la maldad había antes una naturaleza incorrupta. Pero la corrupción es tan opuesta a la naturaleza que no puede menos de perjudicarla. Por consiguiente, no sería dañoso separarse de Dios, si a la naturaleza en que aparece la separación bajo la forma de corrupción no la correspondiese estar unida con Dios. Por eso, también la mala voluntad es un poderoso testimonio de la bondad de la naturaleza. Pero Dios, el Creador absolutamente bueno de todas las naturalezas buenas, sabe también integrar al orden del mundo las voluntades malas, de modo que por su parte hace buen uso de las voluntades malas que hacen mal uso de su naturaleza. Por eso ha hecho que el diablo, bueno según la creación de Dios, malo según su voluntad, habite en regiones inferiores, y sea escarnecido por los ángeles, lo cual quiere decir que sus tentaciones redundan en provecho de los santos a quienes quisiera dañar con ellas. Y como quiera que Dios cuando le creó conocía naturalmente su futura maldad y preveía el bien que produciría con su malicia, por eso dice el salmo: “Este dragón que has creado para que sea escarnecido.” Indica, pues, este pasaje que Dios, cuando le formó—en virtud de su bondad como ser bueno—en virtud de su presciencia, había previsto cómo se serviría de él, a pesar de que es malo.” (Cap. 18 [*l. c.* 170 y sg.]): Porque Dios no hubiera creado un hombre, y mucho menos un ángel, cuya futura maldad El ha previsto, si al mismo tiempo no hubiese sabido cómo se serviría de ella para provecho de los buenos, adornando el mundo con antítesis para que fuese una magnífica poesía, por así decirlo. Las llamadas antítesis son, en realidad, las más bellas entre todas las formas ornamentales de la dicción; en latín se podría denominar *opposita*, y mejor aún *contrapposita*; pero esta expresión no se usa entre nosotros, aunque el estilo latino, lo mismo que la lengua de todos los pueblos, se sirve de este adorno retórico... Del mismo modo que la hermosura del estilo se funda en tales oposiciones y contraposiciones, así también la hermosura del Universo resulta de la contraposición de oposiciones, llevada a cabo con un estilo que no opera con palabras, sino con cosas. Con toda claridad ha sido expresado este pensamiento en el libro del *Eclesiástico* de la siguiente manera: “Frente al mal está el bien, y la

vida frente a la muerte; del mismo modo el pecador frente al piadoso. Y de esta manera has de contemplar todas las obras del Altísimo, por pares, la una frente a la otra." El maestro Eckhardt (en *Discursos instructivos*) acentúa positivamente ciertos aspectos del pecado: "En verdad, haber cometido un pecado no es pecado si uno se arrepiente de ello. Es cierto que el hombre no ha de querer los pecados por nada de este mundo ni de la eternidad, ni mortales ni veniales: ninguna clase de pecados. El entendido en cosas de Dios ha de pensar siempre que el Dios fiel y benévolo ha sacado al hombre de la vida del pecado y le ha conducido a una vida divina y le ha convertido de enemigo en amigo —y esto es más que crear un mundo nuevo...—. Más aún, si alguien viviese verdaderamente según la voluntad de Dios, no debería desear que el pecado en que ha incurrido no hubiese sido cometido; y esto no porque ha sido cometido contra Dios, sino por que, supuesto el pecado, se siente obligado a amar más a Dios y ha quedado humillado y rebajado. Es verdad que has obrado contra Dios, pero puedes estar seguro de que Dios no te hubiese puesto en este trance si no hubiese querido tu mejor provecho. Y si el hombre se levanta de su pecado y se aparta totalmente de él, el Dios fiel hace como si el hombre no hubiese caído nunca en el pecado y ni siquiera por un momento piensa vengarse: y aunque fuesen tantos cuantos ha cometido la Humanidad entera, Dios no quiere vengarse de él por ellos, y a tal hombre le trataría con la misma familiaridad con que a cualquiera otra criatura. Y viendo ahora su buena voluntad, no piensa en lo que ha sido antes. Porque Dios es un Dios del presente: tal como te encuentra, así te toma, y ve en ti no lo que has sido, sino lo que eres. Todas las injusticias e injurias que en todo pecado se cometen contra Dios, las tolera Dios con gusto, durante años y más años, para que después del pecado el hombre se eleve a un conocimiento más grande de su amor, para que aumenten su amor y agradecimiento, para que practique con más celo la disciplina interna, como suele suceder después del pecado. Por eso, Dios tolera la miseria de los pecados, y la ha tolerado frecuentemente; y de ordinario la permite también en aquellos que ha escogido para confiarles grandes empresas. ¿A quién ha amado más nuestro Señor que a los Apóstoles y con quién ha tenido mayor confianza? No hubo ni uno solo que no pecase; todos habían sido pecadores. Lo mismo ha mostrado frecuentemente en la Antigua y Nueva Alianza en aquellos que más tarde habían de ser sus privilegiados. Y aún hoy no se sabe de hombre alguno que llegue a ejecutar grandes empresas que antes no haya infringido los preceptos. Con ello nuestro Señor nos quiere conducir a que conozcamos su gran misericordia, y nos quiere amonestar a que seamos humildes y piadosos. Porque si el arrepentimiento se renueva, también el amor tiene que aumentarse y renovarse poderosamente."

Por lo que se refiere a las exageraciones equivocadas de estos pensamiento (cfr. D. 514).

13. No se pueden aducir como objeciones contra la existencia de la divina Providencia el *antagonismo entre el mundo natural y el espiritual*, la desigual y mala repartición de los bienes terrenos,

la diferencia entre la moralidad y la felicidad en esta vida, de rendimiento y reconocimiento, de éxito y esfuerzo.

a) No hay que perder de vista lo que se dijo en el § 113, 3. La Providencia no es un aparato que funcione mecánicamente, sino una llamada del amor divino y un continuo encuentro con este amor. Media, es verdad, un abismo infranqueable entre el bien y el mal, y los justos son totalmente distintos de los pecadores. Pero sólo Dios conoce estas cosas. No olvidemos nunca que no fué el justo quien volvió a casa justificado, sino el publicano, a quien todos tenían por pecador, considerándose él mismo como tal. El cristiano se sentirá siempre inclinado a escandalizarse al ver que Cristo se sienta con los pecadores para comer con ellos, que la Iglesia acoge amorosamente al último y más indigno entre todos sus hijos, que el Padre se alegra de la vuelta de su Hijo (*Lc.* 15, 29 y sigs.). Incesantemente debe luchar el cristiano contra esta tentación. Para superarla le bastará pensar que todos somos pecadores (*Mt.* 9, 12; *Lc.* 19, 10). “Esta confesión se escapa no solamente de los labios del neoconverso o del caído; no es solamente el grito de hombres ordinarios, tales como se ven en todas las partes del orbe, llevados y traídos por las olas de las tentaciones; es el himno jubiloso de los santos, es el cántico triunfal de los bienaventurados, los cuales, ante el trono del Altísimo, tañendo arpas celestiales, ensalzan a su divino Redentor: “Tú has sido matado y nos has comprado para Dios con tu sangre, de todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones... La pura juventud y la edad ya bien madura, los que menos han pecado y los que más han tenido que arrepentirse..., todos se unen en una petición: “¡Oh Dios, compadécete de mí, pobre pecador!” Aun los más grandes santos han sabido que eran pecadores. Porque sabían que Dios es un Dios santo y vivo. Y esto quiere decir lo siguiente: El hombre santo sabe “que sólo Dios es santo, y que sus criaturas son impotentes en comparación de El, que en su presencia quedarían anonadadas y aniquiladas si El no las sostuviese con su poder. El sabe que existe un ser que no puede ser influenciado en su grandeza y felicidad y cuyos fundamentos no pueden ser conmovidos, exista o no la Creación con la infinidad de sus seres y partes, a quien nada puede afectar ni hacerle mayor o menor, que antes de la Creación del mundo era tan potente y rico como lo es después, y que después de la Creación vive tan tranquilo y feliz como vivía antes de ella. Sabe que hay un sólo ser de cuya

mano puede recibir felicidad y santidad y vida y esperanza y salvación. Y sabe que hay un ser a quien le debe todo, que nadie puede huir de El y que nadie puede quedar justificado ante El" (Newman, *Ausgewählte Werke*. Bd. VI. *Predigten der kathol. Zeit*, páginas 210, 220 y sig.).

El que conoce de este modo a Dios, el que convierte a Dios en norma del propio conocimiento, dejará de lamentarse contra Dios, que, al parecer, reparte los bienes materiales sin cuidarse de méritos ni deméritos (véase el *Tratado sobre el purgatorio*).

b) Si a personas de poco mérito moral y religioso les tocan en suerte bienes terrenos (poderío y riqueza), esto podría ser una recompensa del bien que también ellos hacen, o una llamada de Dios que quiere que se conviertan. Pero puede ser también un castigo, pues Dios permite a veces que los impíos aumenten su impiedad mediante el mal uso del poder y de la riqueza (Act. 14, 16). Cuando Dios envía tribulaciones al bueno, es porque quiere castigar con ellas sus faltas, o excitar su amor, o fortalecer su virtud y aumentar sus méritos (§ 93). Conviene tener en cuenta, ante todo, que el destino definitivo del hombre no está aquí abajo en el mundo, sino en el más allá. Precisamente el hecho de que aquí abajo, a menudo, a los buenos les va mal y a los malos bien, constituye para la razón uno de los motivos que la inducen a admitir la revelación sobrenatural de los enigmas del gobierno divino del mundo, a creer en un futuro en que quedarán resueltos los antagonismos y disonancias de la vida terrestre. La Historia es una continua transición hacia ese futuro.

14. Como quiera que Dios obra incesantemente, aunque de un modo oculto, en la Historia, *la Historia entera es una continua manifestación de Dios*. Mientras que, según Hegel, la Historia es un incesante fluir de Dios, el testimonio de la Revelación nos enseña que la Historia es un efecto divino y en cuanto tal una continua manifestación de Dios. Pero también aquí tiene validez la ley que rige todas las revelaciones divinas. Todas tienen lugar a través de tupidos cendales. En cada una de las revelaciones Dios se oculta al mismo tiempo, tanto más cuanto más grandiosa es la revelación. La más viva revelación de Dios es la Cruz de Cristo. No obstante, no hay mayor ocultamiento de Dios que esa misma Cruz, de modo que el incrédulo puede reírse de la fe cristiana a causa de la Cruz de Cristo (I Cor. 1, 23). Dios, al mostrarse, se oculta bajo la forma de la debilidad humana. Lo que San Pablo dice del Hijo de Dios

(en la *Epístola a los Filipenses* 2, 7), de la palabra personal de Dios, a saber, que se anonadó, que se vació de su propio ser, eso mismo puede decirse de cualquier palabra y obra de Dios. Al revelarse a los hombres, Dios renuncia a su propia "forma", adoptando las formas del pensar y hablar humanos. El Espíritu Santo, al incitar a un autor a que escribiese uno de los libros canónicos, se anonadó aún más todavía, asumiendo la "forma" de las imperfecciones y defectos del hombre. El Espíritu Santo, cuando se esfuerza por elevar al mundo a la esfera existencial creada por la muerte de Cristo, se anonada, sometiéndose a las debilidades, de las cuales habla la historia de la Iglesia en tantas de sus páginas. De ahí resulta que en los acontecimientos temporales no podemos experimentar a Dios de una manera unívoca. No podemos constatar con toda seguridad el lugar que Dios ocupa en este o el otro momento de la Historia universal, diciendo: Aquí está El, y aquí no. La Historia es siempre un tejido en que van mezcladas la acción divina y la actividad humana. Nosotros no podemos reconocer con absoluta seguridad la naturaleza de cada uno de los hilos. Por eso la revelación de Dios en la Historia será siempre un perpetuo claro-oscuro.

P. Schütz, en *Warum ich noch ein Christ bin*, 1937, pág. 11, dice: "En lo que concierne a la ambigüedad de la materia histórica, ha producido siempre en mí profunda impresión un problema que en la Edad Media no dejó nunca de inquietar el alma popular, a saber: si el Emperador, o el mismo Papa, no sería el Anticristo. Sería, pues, falso creer que de un acontecimiento histórico se puede afirmar con seguridad que Dios está ausente de él, que es obra del diablo (de lo cual luego, con toda facilidad, podría deducirse que tiene uno derecho a sustraerse del compromiso que exige de nosotros cada una de las horas históricas, para buscar la salvación del alma en lejanas islas, allende de las luchas del mundanal ajetreo). No menos falsa sería la opinión contraria, el creer que en cada uno de los acontecimientos históricos se puede percibir con toda claridad la voz y llamada de Dios (de lo cual, luego, se podría deducir que tenemos derecho y estamos obligados a colocarnos en el terreno de los hechos y a someternos a las exigencias del momento). A Dios sólo le está reservado decir hasta qué punto la Historia es misión y obra divina. El juicio correspondiente será emitido el día del Juicio Final." "El Juicio Final es la última y única instancia. Si no existiese el Juicio Final, habría que inventarlo en vista de este contraluz. Es el único refugio que nos queda a nosotros los hombres, cuyo destino histórico consiste en arriesgarnos, en luchar con todas nuestras fuerzas las luchas de la existencia, en abandonarnos a ciegas en las manos del Eterno Dios, en dejarnos caer a ciegas en las manos del Dios Eterno." (Schütz, *l. c.*, pág. 13). Explicaciones detalladas en el tratado sobre los Novísimos, donde se hablará del sentido de la Historia.